

La Emperatriz



@mgl.escritura

© Se gime como se reza (Arcano Mayor de La Emperatriz)
© Del texto: Sebastián Sosa Ojeda, 2023
© De la ilustración: María Gabriela Lovera Montero, 2023

Petalurgia, 2023
COLECCIÓN ARCANIA

petalurgia@gmail.com
www.petalurgia.com
@petalurgia



Edición general: María Gabriela Lovera Montero
Selección editorial / Colección ARCANIA: José Miguel Navas

Diseño y maquetación:
María Gabriela Lovera Montero

HECHO POR SERES HUMANOS / HUMAN MADE

Licencia Creative Commons:



Reconocimiento / No comercial
Sin obra derivada / 4.0 Internacional

MADRID, 2023

Se gime como se reza





Se gime como se reza
Sebastián Sosa Ojeda

COLECCIÓN ARCANIA

La Emperatriz



@mgl.escritura

*Envuélveme otra vez en esa miel caliente
con que pegas los trozos de este mundo para erigir la torre:
Tu Babel de un vocablo hasta el final.
Has fundado tu reino en la tormenta,
bajo el ala inasible de una desesperada
y única primavera.*

OLGA OROZCO



EL VIENTO DEL SUR se obstina en mover las sombras de lugar. Se acoplan a las manchas de humedad, son animales espantados del incendio.

En las esquinas, las arañas han hecho su labor: el gran círculo mortal. Soltaron su seda de Penélope mientras la casa duerme un sueño del desgarró.

Sólo cuando la red sacrificial se ha tejido infinita es momento de apartarse, mirar con ojos multiplicados lo que se pudo. A veces, la presa envía vibraciones a través de los hilos hasta el estómago vacío. Otras veces, los hilos sostienen el juego de las crianzas.

¿Recordás cuándo quedaste en suspenso?



¿QUIÉN TE HIZO CREER, querida
que tu destino, tu fuerza y tu voz
son rastreros?

Eso dejalo a las espinas que buscan
el pie desnudo o la pezuña
para prenderse y hacer la fuga
en el movimiento ajeno.

No es tuyo lo impropio.

No sabés tajear
sino dar un pálpito ante la muerte.

Este ramaje es tu apoyo
orquídea
trepada al sol
canta tu pena, canta tu arma
¿mentís cuando hablás
sobre una brisa húmeda capaz de
empañar el olvido
de las sombras?



QUIZÁS ES HORA de servir una copa de vino, ver cómo se mueve la tierra del cielo.

Pero estás sentada al borde de tu cama, intentás mantener la espalda recta, recordás que los hombros deben separarse de las orejas. Se estiran las ramas hasta el sol y verdecen.

Tus pies han enraizado: el izquierdo sobre la sábana arrancada, el derecho siente lo fresco del piso.

Por el cuello ruedan dos gotas de sudor tibio como si un rumor de río trajera lo que tu sed reclama. Tu sexo ardiente. Una quemazón que hace metástasis en todo el cuerpo. Inhalás por la nariz y el aire que devolvés a la habitación espesa la boca.

Una luz menguante recorta tu cuerpo desde la ventana y el voile se levanta furioso en un vaivén que quisiera desprenderse y dejar atrás esa casa de olor a gas esperando el chispazo. La desaparición de lo tuyo.

Extinguir lo que aún no fue amado.

Mirás al hombre que duerme junto a vos, llevás tu mano al sexo y huele y destella y sabe a un jarabe frutal. Bautizás tus pezones con ese óleo.

Se gime como se reza.



QUISIERAS QUITAR LA FAMA que él te ha volcado encima. Convertirlo en el leño.

Vos su hacha, el tajo y el dolor.

Te ha puesto a dormir y ensoñar a su derecha en la cama. Pasás madrugadas con los ojos abiertos mirando lo que revela el sonido de las plantas, oyendo a la araña y su ocupación.

En la lengua se engendran trocitos de luz, ella arrastra el mal que te fue hecho.

Algo empieza a morderte y pronuncia tu nombre.



NO NIEGUES, bromelia
la piedra donde amaste
la vida de una manera terrestre.

Un corazón arrositado
no desprecia a otro semejante
tampoco acaba con lo carnoso.

Es propio de un lujo parásito
y lo tuyo es volcánico
y fulminante.



UN ACANTILADO DE ROCAS ENORMES. Desde arriba mira el vacío espolvoreado. La fosa y el auxilio.

¿No me has dicho que todo es mantenerse en gloria durante el tembladeral?

Dentro de sí. Desplomarse. Desmoronarse.

Caer y perdurar.

El águila detenida en el ojo de la ruina. Me señalás una presencia de pecho enardecido que ha olvidado los buenos vientos, desde dónde venían y a dónde iban a sofocarse.

¿Esto que vemos, mi gran errancia del amor, es un dios o una forma de la muerte?

Hay tantísimo esplendor y un sol brilla y el espejo de mi boca se revienta en cientos de reflejos.

Podríamos ver cómo se arroja sin desplegar sus músculos, el águila apenas conmovida por las leyes que la física aplica sobre su materia inerte. Podríamos ver cómo se estrella y se anuncia la victoria: renunciar a lo que nunca se quiso, a lo que se guardó entre humedades para germinar y, se sabe, no germinó.



SI AGITAN TU SEXO jugoso deberás probar
tu pasión por la crueldad.

Empuñar el arma del goce.

Basta de tomar asiento. Ya
le darás una forma a la conquista.

Galgos corren alucinados y hay que ir tras ellos.



EL AGUA ESTÁ PERFUMADA. Te sumergís. Otros siguen la cacería y vos, una laguna de primavera.

¿Qué de tus vestidos, qué de lo que has dicho para hacer que la irremediable agitación del tiempo se detenga? Divisás con tus ojitos entrecerrados a quien te habló de lilas y jardineros, su voz, sus muslos firmes y hombros suaves. Sabés que sus labios cabrían en los tuyos y le darías la savia de un tronco joven, el humus de tus campos.

Y frotás con los dedos sin anillos tu clavel del aire, enredándose hebra a hebra con la delicadeza de un mantel sobre el que se pone el manjar de leche y sangre.

El aguamadre te acuna y, mientras explorás el tintineo, te agitás como si llegaras a la cima altísima del atrio. Si llegaras, si acabaras ahí, si ese ¡oh dios! estuviera esperándote, ¿le mirarías el tamaño de sus manos y pies, el gesto de su lengua? ¿Le pedirías que sea un potrillo retozando encima tuyo?

¿O qué? Negá que te gustaría enroscar sus muñecas con sogas a la columna y que rece

*perdón mi señora
todo lo que toco*

*lo convierto en tu enojo
dame tu castigo
soy un siervo atontado
que no sabe vivir sin su dueña*

*azotame
hacé una grieta en mis costillas
y en ella soplá tu humo
azotame el ardor del monte
donde vamos a suplicar*

Tiritás, te llovés. Sos inundación de materiales incandescentes.



MI LIDERESA.

Mi escudilla repleta de rubíes.

Corzuela, mi veloz y despiadada corzuela, andate,
huí lejos que la mira te busca, el gatillo.

Parda agazapate entre lo que han dejado de bosque.
Ya no queda el terciopelo de las hierbas. Se acerca algo
más atronador que una tormenta.

Tomá lo que criaste y apurá el paso. Los hongos debajo
de la zarza son un carbón olvidado.

Si has de irte, has de volver.



VAMOS, REPETÍ CONMIGO,

dijiste,

*no tengo por qué ser piadosa. No me he sentado a esperar
un cuerpo muerto. No descanso para ver el cadáver de
mi enemigo arrastrándose sobre escombros.*

*Piedras pesadísimas y filosas. Volcán. Llenándose de
lava todo mi reino.*

Ardorosa.

Tu miedo es mi miedo.

Tu miedo es el mío.



SEBASTIÁN SOSA OJEDA

Nació en la ciudad de San Luis, Argentina, en abril de 1994. Vivió allí hasta su adolescencia, luego se trasladó a Río Cuarto, Córdoba, donde reside actualmente. Es docente de Lengua y Literatura en diferentes instituciones públicas, dicta talleres y milita en el Colectivo Cultural Glauce Baldovin. Algunos de sus poemas han sido publicados en blogs y plaquetas. Forma parte de las antologías *Verso Raíz, hojas de poesía I y II, Campo* (Camalote) y *La lira marica* (Saraza Editorial). En 2022 recibió la Mención Honorífica del Premio Nacional de Poesía Alfonsina Storni por su primer poemario: *arquitectura de los afectos* (Patronus Ediciones). En 2023, *Fronteras corridas* (proyecto inédito) fue seleccionado por la Bienal Arte Joven Buenos Aires.



www.petalurgia.com
petalurgia@gmail.com
[@petalurgia](#)